

# La memoria perdida

## The lost memory

**Jesús M. de Miguel**

Universidad de Harvard  
demiguel@fas.harvard.edu

### Resumen

El análisis auto/biográfico se basa en documentos o entrevistas en torno a la realidad social, sobre las relaciones de una persona con la sociedad. La tensión individuo-sociedad es evidente. Se investiga muy poco lo oculto, lo que no se sabe, lo que se olvida, sobre todo los documentos que no se publican, o las fotos que no existen. Este artículo reivindica aquello que falta en el análisis -lo *missing*- y que a menudo se descubre por causalidad, o por serendipidad, pero que proporciona sentido a la realidad social global. El presente artículo se basa en el testimonio de diversos informantes.

**Palabras clave:** Método biográfico, memoria, marginación, familia, olvido, lo *missing*, fotografía

### Abstract

(Auto)biographical analysis is based on documents or interviews centered on social reality and on a person's relationship with society. Tension between the individual and society is obvious. What is hidden, what is unknown and what is forgotten, especially unpublished documents and non-existent photographs, are rarely studied. This article recovers what is missing in the analysis and what is often discovered by causality or by serendipity, but what provides sense to the overall social reality. The article is based on testimonies from several informants

**Key words:** Biographical method, memory, social deviation, family, to forget, *missing*, photography

**SUMARIO** 1. La coherencia del caos. 2. Santa Rita, Rita, Rita... 3. La foto *missing*. 4. Referencias bibliográficas.

“Nunca cuentes nada a nadie. Si lo haces, empiezas a echar de menos a todos”<sup>1</sup>. La conocida frase es de Holden Caulfield, al final de su diario. “Echar de menos” en español sustituye a la expresión *missing*, lo que falta. En las auto/biografías, tan importante como lo que se dice es lo que falta, lo que está secreto, de lo que no se habla, lo olvidado, lo que es tabú. A menudo eso que no se sabe, que falta, la memoria perdida, se encuentra por causalidad. Es un descubrimiento realizado por serendipidad como le gustaba decir a Robert K. Merton. Un buen investigador/a huele que falta una pieza del rompecabezas. Intuye que para poder explicar la realidad hay algo que no encaja. Otras veces la historia de vida queda en suspenso, no se explica, sin dejar claro si el informante ignora la respuesta o sencillamente no quiere explicarla. El presente artículo presenta ideas y ejemplos sobre documentación *missing*, que falta, o que indirectamente “echamos de menos” en el relato. El trabajo antropológico y sociológico sobre la vida de una persona puede añadir información sobre una realidad social. Pero quedan anónimas muchas personas y situaciones similares. Como Carlo Ginzburg termina su impresionante libro *El queso y los gusanos*, a diferencia de Menocchio: “acerca de ese Marcato, o Marco —y otros muchos como él que vivieron y murieron sin dejar rastro— no sabemos nada” (1976: 128). Es un final que deja pensativo a todas las investigadoras sociales.

El objetivo de un buen análisis auto/biográfico es dar importancia a lo que no se sabe, está oculto u olvidado. En psicoanálisis sería *lo reprimido*. Juan F. Marsal exponía su teoría de “los evaporados”. En toda familia hay personajes (un tío, una prima) que *se han evaporado*; han desaparecido incluso del álbum familiar de fotos. Son personas cuyo nombre no se pronuncia, cuya foto ya no está. Esa persona es a menudo la explicación de toda la familia, o incluso la que une al resto de los miembros del grupo familiar extenso. Un/a buen científico social debe rastrear la memoria perdida. Una foto vale más que mil palabras. ¿Pero qué pasa cuando lo que falta es una foto? Quizás entonces equivale a más de un millón de palabras. Varios ejemplos reales, de nuestros informantes, pueden servir para un análisis de la memoria perdida.

Es un tema que apenas desarrollo en mi libro *Auto/biografías* (1996) y que por eso trato de subsanar con el presente artículo. Los libros típicamente generacionales como *El Guardián* o *Menos que cero* lo presentan con agudeza. También las confesiones de enfermedad como las de Marta Allué (quemada) o la de María Ángeles Durán (cáncer) hacen explícito lo *missing*. Los libros clásicos sobre fotografía lo intuyen como en *Un art moyen* de Pierre Bourdieu, *Sobre la fotografía* de Susan Sontag, *Modos de ver* de John Berger, o *Gender Advertisements* de Erving Goffman.

---

1 "Don't ever tell anybody anything. If you do, you start missing everybody". J. D. Salinger, *The Catcher In the Rye* (Boston: Little, Brown and Company, 1951), es la frase final del libro (capítulo 26). Véase la bibliografía al final del artículo. Luego, sobre el caos, he utilizado algunas (buenas) ideas de la profesora Diana Sancho a quien doy las gracias. A Jara D. Sanchez le agradezco su serenidad. Jesusa ha sido una fuente de sugerencias.

La antropóloga Mary Douglas, en *How Institutions Think*, presenta ideas excelentes sobre la forma en que las instituciones recuerdan y olvidan (es el capítulo sexto), o cómo las instituciones clasifican (capítulo octavo). También las familias realizan decisiones de vida y muerte, a menudo eliminando a alguno de sus miembros de forma simbólica, al estilo de *Tótem y tabú*<sup>2</sup>. Es interesante analizar cómo las familias construyen la memoria común, olvidan e incluso inventan la realidad. Este es el tema principal que ilustro a continuación con algún ejemplo esencial proveniente de mis informantes.

### 1. La coherencia del caos

El estudio de la memoria perdida empecé a indagarlo en el estudio de *Mujeres policía*, publicado en 1994. El libro aparece firmado por Manuel Martín Fernández, pero el trabajo de campo y la edición de las entrevistas fueron realizados por mí. Recoge cinco historias de vida de mujeres policía (una doble marginación) con una discusión en grupo con esas mismas mujeres. El tema de la exclusión social, y de “olvidar” sucesos sociales está latente en todo ese libro. Posteriormente el análisis de la memoria se desarrolla mejor en *Auto/biografías* (de Miguel 1996) que era una introducción teórica a la autobiografía de mi padre que lleva el título provisional de *Echa pan y cubre*. Pero se expandió tanto que se convirtió en un libro por sí mismo, independiente, de 197 pp. La hipótesis fundamental es que la coherencia que damos a nuestra vida, cuando la analizamos retrospectivamente, es normalmente falsa. Este libro incluye —como ejemplos— cinco biografías reales: dos denominadas parciales, otra introspectiva, con documentos externos, así como una grabada y anotada (que es precisamente el primer capítulo de *Echa pan y cubre*). El tema de lo que se presenta en una biografía, y el trabajo de recuperar esa memoria queda bastante evidente en una “autobiografía introspectiva”, escrita a los 18 años, de la que reproduzco a continuación el párrafo del comienzo y del final (de Miguel 1996: 125, 137):

“Han bastado dieciocho años para llegar al propio convencimiento casi categórico de que no soy feliz y de que verdaderamente nadie podrá serlo jamás mientras nuestra querida Humanidad se obstine en mantener su posición fatal dentro del realismo ingenuo, cultivado y ficticio. Esta felicidad, en sentido absoluto, está lejos de los fenómenos superfluos y notables de nuestra civilización. Es la superficie definitiva y perniciosa de todas las limitaciones

---

2 Me refiero al libro de Sigmund Freud. Un ejemplo típico de exclusión simbólica, precisamente con relación a Freud, es el libro de Paul Roazen, *Brother Animal: The Story of Freud and Tausk* (1969): “¡Nadie querrá hablarle de Tausk!” es la frase que hizo a Roazen escribir ese libro. “Antes de suicidarse, Tausk dejó instrucciones para que se destruyeran todos sus papeles; fue preciso un día entero para quemarlos. Tausk deseaba quedar borrado para siempre de la memoria humana: la Historia se encargó de cumplir su voluntad. Ahora, a los cincuenta años del suicidio de aquel hombre, este libro tal vez ayude a resucitarlo” (p. 15).

actuales que privan a cada individuo humano de su expansionismo liberal, condenándonos a una patria social progresista, a una permanente anulación personal. Esta felicidad podría ser el ofrecer toda una vida al intento, quizás infructuoso, de avanzar por nosotros mismos, a favor de nuestra esencia, interrumpiendo esa seguridad pasiva, esa firmeza psicológica e infundada, que nos ha enseñando el ciclo cultural y social de vida”.

¿”Qué me pasará si continúo confiando en la existencia de un ámbito ilimitado, de una aspiración humana secreta y poderosa? No lo sé. A veces pienso que es mejor que no lo sepa. Quizás no tenga más remedio que descubrirlo por mí mismo. Es más, tal vez acabe inexorablemente rendido ante los gritos y aullidos de una sociedad. *‘Este mundo no es de absolutos’*. *‘Lo que pretendes es irreal’*. *‘Toca de pies en el suelo; despierta’*. Quizás acabe convencido por la sociedad, pero hasta entonces, y mientras tanto ¡cuánto les ha de costar!”

Sería interesante volver a entrevistar a esta persona —diez años después— para ver si la memoria de su vida se conserva, y si ha resuelto algunas de las preguntas vitales que plantea. En la sociedad postmoderna, y postmaterialista actual, una persona rehace su autobiografía continuamente. Es parte de la tensión individuo-sociedad que plantea este informante. Según pasan los años, las personas continúan realizando un análisis autobiográfico. De esa forma construyen y reconstruyen su identidad personal en relación con la sociedad. El problema es que la sociedad también cambia. El ser humano se observa dentro de una estructura social cambiante. Con cada año, con cada vuelta de tuerca, las personas van cambiando la imagen que tienen de sí mismas. Por eso sería interesante estudiar cómo este informante reconstruye su vida. En parte depende de su memoria, de lo que recuerda de cuando tenía 18 años, pero también de los trozos de memoria supuestamente perdida.

El tema de la memoria perdida lo estoy analizando actualmente en una historia de vida extensa, titulada provisionalmente *Psicoanálisis y Sociología*, que es la vida —contada por él mismo— del psicoanalista Juan Campos Avillar. Entrevistar (con magnetófono) y transcribir la vida de un psicoanalista es tarea sumamente difícil; precisamente por ello es un reto intelectual singular. De su prefacio quiero entresacar unas frases que se refieren directamente al problema de recordar y de la memoria perdida. Juan Campos (2004) sugiere:

“La vida puede tener una coherencia global; o bien ser incoherente pero bella. En la memoria las piezas son como trazos, que se quedan pegadas a las paredes. Unas son imágenes, otras palabras, otras olores. A medida que vamos escarbando o profundizando en la poza de los recuerdos y que los vamos sacando a flote, dejando secar, y deletreando, se convierten en *memoria viva*. Hay algunas cosas que son formidables. Olores, sabores, imágenes sueltas. Estaban ahí pero no nos dábamos cuenta. [...] La memoria falsea la realidad,

que a su vez es compleja por naturaleza. Habría dos textos posibles: uno es lo que de entrada hay en mi memoria, otro al contrastarlo con la realidad. [...] Dentro de esos recuerdos hay algunos que están en la superficie y basta con coger la caña para acercarlos, e irlos coleccionando, secarlos y analizarlos. Son como un cronograma, las fotografías, los puntos tangenciales. Pero hay recuerdos para los que hace falta sumergirse en la poza de los recuerdos. Ese pozo negro de los recuerdos es arriesgado. No hay más remedio que hacer como los pescadores de pulpos de la costa mexicana del Pacífico. El pescador que va en busca del pulpo se sumerge atado a una soga. El pulpo se le agarra y el amigo tira de la cuerda. Salen los pulpos vivos con todo lo que se hayan tragado. [...] Este pensamiento me lo ha inspirado Norbert Elias con la idea de que una vez muerto la conciencia personal termina. No hay nada más. Puede haber otra vida, pero no conciencia personal. Conciencia quiere decir conocer con los demás. [...] El sistema no tolera algo que le haga cambiar; tal vez se consiga en el futuro. Por eso lo dejamos por escrito. En este universo simbólico la escritura sirve para comunicarse a través de generaciones, más allá de las imposiciones que en un momento implica el sistema.”

Juan Campos defiende la escritura de historias de vida, como una forma de autoconocerse, pero también de hacer accesible el análisis de la relación individuo-sociedad, en un tiempo concreto, a otras personas. Charles Tilly afirma que “La sociología sin historia es como un decorado de Hollywood: paisajes magníficos, pintados a veces de forma maravillosa, pero con nada ni nadie detrás de ellos”. La cita aparece en el libro de Robert L. Miller (2000: 21) titulado *Researching Life Stories and Family Histories*. Una idea muy similar aparece en 1996, en el libro *La memoria inquieta* de Esteban Pinilla de las Heras, que son sus memorias de 1935 a 1959, en España. El capítulo primero es esencial para el tema que aquí estamos analizando: “¿Por qué continuamente se está rescribiendo la Historia?” Pinilla de las Heras inicia ese capítulo —y el libro— con un verso de Miguel de Unamuno, escrito en 1936, pocas semanas antes de su muerte en Salamanca:

“Pensé sacar del fondo de mí mismo  
a aquel que fui yo antaño  
más ay, que no tiene fondo el abismo  
y si lo saco me ha de ser extraño.”

El “pozo de la memoria” es muy profundo, y cuando los pulpos salen a la superficie no los reconocemos. La variable tiempo, así como la variable memoria son esenciales para entender la realidad social. Pongamos otros ejemplos que ilustran la importancia del análisis de la memoria perdida.

## 2. Santa Rita, Rita, Rita...

Uno de mis informantes me envía el otro día —por internet— una postal de Santa Rita con la imagen de la santa, vestida de monja, las manos cruzadas sobre el pecho, una corona de laurel sobre el halo de santa, sostenida por un ángel difuminado. Santa Rita está supuestamente de rodillas, rezando ante la escultura de un Cristo crucificado. El texto de la postal que me envía por internet dice exactamente lo siguiente:<sup>3</sup>

“Felicidades  
Acabas de recibir  
una Bendición de Santa Rita de Cassia. Pídele algo y Pasalo a 6 Personas  
antes de 36 días y lo que pediste  
se te consedera  
Santa Rita de Cassia es la  
patrona de las Causas  
imposibles, confía en ella”

Conozco a Alfonso —mi informante— desde hace casi veinte años, y estoy en su lista de direcciones de internet. Supongo que esa es la forma en que me llega esta bendición de Santa Rita. En vez de pedir algo y “pasarle” a seis personas más, contesto a la lista de envío original señalando que tal y como está el mundo es mejor que Santa Rita “nos pesque confesados”; expresión castiza que sugiere que las guerras y cataclismos recientes son considerables. Algunos de la lista me contestan empezando una típica relación epistolar con personas que ni siquiera conozco. Mi informante me contesta con un mensaje que titula “Confesión”. Lo recojo aquí verbatim:<sup>4</sup>

“Estimado Jesús:

Si Santa Rita me ha de pillar confesado, te diré que mis ‘pecados’ son demasiado extensos en calidad y cantidad y incluyen todos y de todos los tipos que imaginaros podais (con ello no me extenderé más). No espero el perdón, pero si la benevolencia y comprensión y un poco de amnesia repentina y amor puro.

Si yo fuese el confesor, y no digo ya si yo fuese Dios..., creo que ofrecería ese olvido repentino y cariño esencial que espero me caracterice en mis futuros juicios si es que llego a ellos algún día. ¿La virtud probada —en ese aspecto— ha sido manifestada durante estos últimos años... desde 1967 por mi parte?

Que Dios me perdone sobre todo la insolencia que ya me han dicho que me caracteriza, pero el cambio no existe dicen también no?...

<sup>3</sup> Conservo la grafía exacta y el texto en castellano (latinoamericano) y sin acentos como en el original.

<sup>4</sup> Se respeta el idioma y grafía originales

Con cariño para todos y mis rezos perpetuos,  
Gracias por tu/vuestra atención, besos y abrazos  
T'ai-p'ing Yang Tao?  
R.S.V.P. confirmación? mi apreciado 'psiquiatrólogo' Jesús."

Al preguntarle sobre esos "pecados" contesta que ya los ha contado demasiadas veces. Se encuentra en una situación de olvidarlos, de borrar la memoria. Como informante, Alfonso es una persona con educación superior (licenciatura en Económicas) y una inteligencia considerable<sup>5</sup>. Hace explícito, pues, que su vida gira en torno a pecados, o contenidos secretos, que sólo Santa Rita puede perdonar, dado que es la santa de las "causas imposibles". Cuando se analiza la vida de una persona o se realiza una historia de vida, se suelen olvidar esas memorias a pesar de que su existencia es obvia. Cuando se recuperan se convierten en "memoria inquieta". Erving Goffman sugiere que todas las personas están jugando el papel de la normalidad, pero esconden transgresiones a las normas. La familia es la institución que cumple esa labor reguladora. Merton en *On the Shoulders of Giants* resalta la idea de serendipidad (antes mencionada) pero también de que los/as investigadores científicos tendemos a olvidar los contenidos olvidados (o perdidos), y caemos en la misma tendencia ver solamente lo normal, la interpretación pública de la realidad social. Explicamos cómo las personas recuerdan pero casi nunca cómo olvidan.

Lo usual en la sociedad es que las instituciones (la familia entre ellas) establezcan mecanismos sistemáticos para olvidar. Las familias son instituciones que de forma explícita controlan la memoria de sus miembros. El invento del internet ha creado ciertos conflictos en esa forma sistemática de olvidar, dado que permite una comunicación íntima a distancia, no cara a cara, y de forma casi anónima. Permite así "confesiones" íntimas a una red de amistades. Cada familia es un grupo humano (o red) con poca memoria, pues apenas se remonta a dos o tres generaciones. Las noticias o informaciones sobre los bisabuelos/as suelen ser falsas o falseadas. Lo mismo ocurre con los/as miembros "evaporados" de cada familia. El poder de una organización o de un grupo humano no está tanto en lo que te hace pensar, como en lo que te obliga a *no pensar*. Hay pensamientos o historias familiares que son tabú. A pesar de la relación íntima de la familia y la comunicación constante, hay temas familiares que nunca se preguntan o sobre los cuales nunca se discute. En las historias de vida individuales, las personas suelen presentar una historia de la familia que es estándar, breve, fundamentalmente falsa. Lo peculiar es que nunca es cuestionada por sus miembros. La familia define sus fronteras precisamente cuando sale al mundo semipúblico, es decir traspasa la vida íntima y se convierte en pública sobre

---

<sup>5</sup> Todos los nombres propios de los textos de los informantes, en el presente artículo, son diferentes de la realidad.

todo en los ritos de paso: nacimientos, bodas, primeras comuniones, funerales. Es entonces cuando, además, se fotografía de forma ritual. Sólo mediante informantes muy sinceros es posible conocer cuáles son los temas de los que no se habla, o incluso entender por qué no se habla de ello. No importa tanto el caso concreto, como la forma en que la familia suele reconstruir la realidad social.

En el análisis biográfico existen varios problemas. El primero es que las personas (y las familias) tienden a dar excesiva coherencia a la vida, cuando en el fondo suele ser caótica, aunque haya un hilo conductor. Segundo, la vida se puede entender como fracaso, igual que la historia de cualquier familia. Tercero, el verdadero tabú dentro de una familia es lo que está prohibido pensar. En cuarto lugar, el problema principal es cómo investigar lo que *no* se dice, lo que *no* se cuenta. El siguiente ejemplo sobre *memoria perdida* ilustra estos cuatro problemas de las historias de vida.

### 3. La foto *missing*

Hay un sustrato de no conciencia (o de inconsciencia a veces) que sin embargo es bastante racional o elaborado. Es como cuando decimos que la mente sabe más que uno mismo. El placer —para Freud— es la realización de un deseo histórico, insatisfecho por las generaciones anteriores. En ese sentido lo que nos falta es el secreto de lo que somos. Pongo un ejemplo que inevitablemente aparece en primera persona, pues es el propio *yo* el que se sorprende. Una informante —Cristina— actualmente de 23 años de edad, me hace llegar una carta que su padre (Julián) le escribió para su 18 cumpleaños. La carta trata precisamente de una foto *missing*, que falta, y mediante la cual es posible reconstruir el análisis de la realidad. Como en el caso de Carlo Ginzburg —en *Il formaggio e i vermi*— habría que preguntarse cuántas fotos faltan en los análisis que realizamos como científicos sociales, y cómo podríamos superar el problema de la memoria perdida. Pero en vez de analizar aquí ese problema, reproduzco palabra por palabra la carta que mi informante me hace llegar.

“Querida Cristina:

Vuelvo a casa, asadito de calor, y prendo la televisión. Todas las tardes veo el hombre del tiempo. Explica la temperatura sobre un mapa grande, multicolor, de Estados Unidos. Hay algunas nubes pintadas, pero sobre todo manchas amarillas que representan tiempo soleado. Las zonas en que hay calor aparecen en naranja, y las altas temperaturas en rojo. Si supera los cien grados, aparece en granate. Suele ser una forma oblonga en el sudoeste, justo en la frontera con México, a la altura del Golfo de California. En todo este agosto no hemos bajado de “el triple dígito” como dice enfáticamente el hombre del tiempo. Nunca he aprendido a traducir fahrenheit en centígrados, pero sé —por experiencia— que ciento diez grados fahrenheit es mucho, muchísimo, calor.



En el centro de esa mancha granate vivimos tu madre y yo. En la ciudad de Tucson que los aborígenes se empeñan en pronunciar sin la ce, como “tus-son”. Dicen que es indio. A saber. Hace tanto calor que los saguaros echan chispas por sus pinchos, y los ocotillos se desmayan. En casa, *thanks god*, hay aire acondicionado. Salto al coche y pongo el aire acondicionado al máximo. En el despacho de la universidad hay tanto aire acondicionado que hace frío. Me paso todo el día de frigorífico en frigorífico. Pienso que esto no puede ser bueno y abro la ventana. Al rato ya la he cerrado. Lo peor son los trayectos intermedios entre casa y coche, parking y oficina. El calor es opresivo. Se siente como si una enorme plancha eléctrica estuviese alisando las arrugas de la camisa... mientras la llevas puesta. Todos los días algún mexicano muere cruzando ilegalmente la frontera. No puede llevar suficiente agua para cruzar el desierto andando. En la frontera mexicana de Nogales he fotografiado los carteles que advierten del peligro de morir de calor. Pero no creen a su Gobierno, nunca han creído. Siguen cruzando.

Llevo varias semanas viendo fotos. Con una lupa de ocho aumentos que me deja Alice acerco el ojo a las hojas de contacto. Paso horas enteras viendo la España de 1950. El Center for Creative Photography, en la Universidad de Arizona, tiene los archivos de W. Eugene Smith. Este americano de Kansas estuvo en España en el verano de 1950 sacando fotos en un pueblo perdido de Extremadura, entre Navalmoral de la Mata y Trujillo. Seguramente escogió el pueblo por su nombre: Deleitosa. Estoy escribiendo un libro sobre cómo Smith fotografió España hace medio siglo. Paso las tardes mirando cuidadosamente las hojas de contacto con sus retratos de Deleitosa. Están en 35 por 25 milímetros, realizadas con la precisión de una Leica. Acerco tanto el ojo a cada foto que es como si me metiese en la escena. Ya llevo dos mil cuatrocientas fotos vistas. Se me escapa de vez en cuando un suspiro de nostalgia. Me imagino alargando la mano y tocando a María Ruiz mientras hila, a Lorenza Curiel vestida de primera comunión, o quitando las moscas de la cabeza de Juan Larrá el día de su velatorio. Me olvido que han pasado cincuenta años, que la hilandera ya no existe, y que Lorenza —con esos ojazos y la tez oscura— ya no tiene siete años sino que es una madre de familia de cincuenta y cinco años que vive en Getafe. Las fotos tienen un poder especial. Basta dejar pasar unas décadas para que cualquier foto antigua te haga suspirar. Te transportan como en un sueño a una realidad que terminas creyendo viva, agarrable, ahí al lado. Son en blanco-y-negro, pues había poco color en esos *años del hambre*. Distingo ya a muchas personas del pueblo por su nombre y apellidos, como si hubiese vivido con ellas. Incluso empiezo a sentir cariño por algunas. Después de Smith, soy el primero que mira estas fotos con detalle, una por una. Estoy tan acostumbrado a ver la realidad en imágenes, que casi he olvidado que lo que cambió mi vida no fue una foto, sino la falta

de una foto. Una foto *missing*... que nunca existió.

A finales de los años ochenta iba a Madrid con frecuencia, desde Barcelona, para entrevistar a mi padre. Estaba escribiendo una biografía de mi padre. Durante dos años, una o dos veces al mes cogía el puente aéreo. Agarraba un taxi a casa de mis padres para llegar unos minutos antes. Viven en el castizo Barrio de Argüelles, junto a *El Corte Inglés* de Princesa. Cenaba con Mariana y Darío y luego organizábamos la grabación. Darío y yo nos sentábamos en el sofá. Ponía el magnetófono —con micrófono incorporado— en la mesa redonda blanca, que siempre resultó demasiado grande para ese tresillo. Nos poníamos a hablar. Más bien hablaba él. Durante dos años Darío fue contándome su vida.

Cada vez que aparecía por casa de mis padres era una fiesta. Si decía que iba a llegar a las ocho, Darío —como el principito y la zorra— empezaba a ser feliz unas horas antes. A los cinco minutos de empezar la grabación se había olvidado que había un magnetofón funcionando. Yo hablaba poco, lo mínimo. Él contaba su vida. A los dos años teníamos ya trescientas cincuenta página de texto. No todo cuadraba, y había lagunas cronológicas. Pero eso me parecía normal. A sus ochenta y cinco años Darío recordaba algunas cosas de su juventud mejor que lo ocurrido en los años más recientes. Una vez para estimular su recuerdo miramos juntos los álbums de fotos de la familia. En uno de los estantes de arriba todavía hay una caja de zapatos llena de fotos, que él me va explicando. Compruebo así que la realidad puede verse, estimular su recuerdo, mediante fotos. A los dos años de entrevistas Darío empieza ya a repetirse, y pienso que la historia está terminada. Ahora precisamente, en Arizona, estoy dando la penúltima repasada al libro.

Como señala Bergman en sus memorias es difícil imaginar cómo eran los padres antes de que uno naciese. Pensar en mis padres —Darío y Mariana— de novios es algo superior a mi capacidad de imaginar. Darío cuenta que tenía un caballo que le había enseñado a arrodillarse para poder bajar mejor. Cada tarde el alazán recorría el trayecto desde la dehesa de Cipérez, donde vivía la familia de mi padre, hasta la casa de la maestra del pueblo. Al llegar, el caballo —según mi padre— llamaba con la pezuña a la puerta. Luego se arrodillaba para que mi padre bajase. Con tanto teatro es fácil entender que mi madre se enamorase de mi padre. Darío advierte que en aquellos tiempos no es como ahora. Del largo noviazgo toda la experiencia sexual con Mariana fue un par de besitos, algún baile, y poco más. Yo miro a mi padre compadeciéndole. Pienso lo que debió ser su adolescencia en la Castilla profunda. Nada más unos besitos a través de la reja de la ventana. Luego otra vez el alazán a arrodillarse, montar, y volver cabalgando hasta la dehesa. El caballo sabía el camino de memoria, asegura Darío, y él aprovechaba para dormir en la montura. Darío soñaba seguramente con años locos de trigo.

Claro que no todo los caballos son igual de buenos. Darío abre la boca y me enseña cómo la coz de un caballo (era “otro caballo, no mi alazán”) le partió la lengua cuando era pequeño. Bueno, no está totalmente partida; no es un espectáculo horrible; ahora están de moda los *piercings*. Solo una gran cicatriz, como un Cañón del Colorado en miniatura sobre la superficie lunar de la lengua. De pequeño me impresionaba mucho. Me prometí no dejarme nunca cocear por un caballo. Aunque un verano que fui a la era —tendría yo unos trece años— uno de los caballos estuvo a punto de darme un disgusto. Desde entonces les tengo un respeto doble.

Las entrevistas con Darío iban aproximadamente en orden cronológico. Recuerdo que una vez pedí a mi padre me contase su boda. ‘En aquella época’ —me cuenta Darío— ‘no se hacían bodas como ahora’. Apenas fueron familiares a la suya. De los diez hermanos ninguno. Fue en la iglesia, en una iglesia de Salamanca, aunque no recuerda exactamente cuál. Fueron sus padres, los padres de Mariana, y alguno más. No se hicieron foto. Cuánto me hubiese gustado ver la cara que ponían mis padres el día de su boda. Me extraña sobremanera que no se hiciesen foto. Tenían dinero, Darío era el primogénito, y en Salamanca había fotógrafos: malos y cursis... pero fotógrafos. Los recién casados se sacaban fotos; los libros de fotografías están llenos de ejemplos. ‘No,’ repetía Darío, ‘en aquella época no se hacía nada de nada; era la guerra civil, y no estaba el horno para bollos’. En realidad se casaron justo antes de la guerra civil, pero yo le acepto que el 12 de febrero de 1936 la situación debía ya estar revuelta. Mi hermano mayor nació al empezar 1937, y cinco meses después mi padre tuvo que ir a la guerra.

Pero había algo que no encajaba. Darío era el primogénito, y aunque la situación política en los pueblos estuviese complicada, casar al primogénito de una familia patriarcal de once hijos era palabras mayores. Había pasado algo que Darío no me contaba. Yo hubiese dado mucho por ver la foto de boda de mis padres. No había duda que se habían casado. Yo mismo había tenido que presentar el *Libro de Familia* varias veces en el colegio para matricularme y para examinarme de bachillerato. Pero faltaba la foto de boda. Sencillamente nunca fueron al fotógrafo. Sospecho, pues, que la realidad que estoy viendo en las miles de fotos del pueblo de Deleitosa no es toda la verdad, pues hay muchas fotos *missing*, fotos que nunca se hicieron.

Mis padres son tan mayores —en sus ochenta— que aprovecho siempre la visita a Madrid para poner un poco de orden en casa de Darío y Mariana. Ya se sabe cómo son los viejos: lo guardan todo. Desde calendarios del representante del gas, hasta las gangas de *El Corte Inglés* en las rebajas de enero de hace siete años. Así que repaso los papeles, los diversos sobres y cajas de zapatos, y tiro la mitad. Subconscientemente espero que la foto de la boda de Mariana y Darío aparezca en cualquier momento, con marco dorado, debajo

de otros sobres marrones de estraza atados con un cordel fino. Mariana y Darío me dejan hacer. Un día, entre los papeles y carpetas descubro una foto de boda: la del tío Luis con Eufrasia. ¿Cómo que no se hacían fotos de boda en la época? Esa noche pregunté otra vez a Darío. Siguió diciendo que en su caso era la guerra, y que no había tiempo para fotos. Que apenas hubo ceremonia. No recuerda ni siquiera el nombre de la iglesia. Pero sí que fueron a comer las dos familias —padres y suegros— a un restaurante de Salamanca. Eso fue todo: *en la guerra como en la guerra*. Yo me siento desgraciado de pensar que mis padres no habían tenido una boda como Dios manda. No es que yo echase de menos al cura... sino al fotógrafo. El gusanillo de investigador me roe por dentro. No es posible que no se hiciesen ni siquiera una foto amateur. Debían de haber pensado en mí, en el libro, en la autobiografía de Darío.

No recuerdo como averigüé la verdad de por qué faltaba esa foto. Creo que la pista me la dio mi hermana desde Nueva Zelanda. Me dijo:—‘Mira el *Libro de Familia*, míralo bien.’ Lo tenía guardado mi madre en un sobre marrón, con alguna mancha de grasa que proporcionaba más carácter al envoltorio tradicional. No sé que excusa di, algo como que lo necesitaba fotocopiar para el libro de Darío. Mariana no preguntó mucho. Me dio la impresión que me lo entregaba como pensando —‘Ya era hora, hijo, que me lo pidieses. He estado esperando este día.’ No me atreví a abrirlo hasta el avión, de vuelta a Barcelona, volando por encima de las nubes. Algunos de mis mejores pensamientos se me ocurren en esas alturas. Debe ser la adrenalina. Estaba la foto de mis padres, pero por separado cada uno en una hoja. No era foto de boda, sino de carné y en blanco-y-negro. Mi padre mucho más joven que yo ahora, con cara apuesta. Siempre ha sido bastante apuesta. Recuerdo que de pequeño la foto de mi padre que más me gustaba es una en que está apoyado en un tamarindo. Debe ser en el Paseo de la Concha, en San Sebastián. He vuelto a ver esos tamarindos muchas veces, y me imagino a mis padres allí. Darío aparece vestido con traje y corbata. De pie, se apoya sobre el tronco del tamarindo. Posa con una pierna flexionada, el zapato contra el tronco. Mantiene una actitud *non chalant*, que le da movilidad y a la vez reposo. Tiene cara moderna. Es una foto estupenda que no sé quien la hizo, seguramente mi hermano mayor.

En el *Libro de Familia* aparece también una foto de carné de mi madre. Es una mujer joven, guapa. A veces me parece como si mi madre fuese muda. No dice nada. Claro, las fotos no hablan. Pero ella parece más callada de lo normal. Con el pelo rizado natural. Cara de buena persona, como siempre ha tenido. Introspectiva. Mirando para adentro, que se dice. Darío en la hoja de la izquierda y Mariana en la de la derecha: la hoja doble del matrimonio. Luego las hojas de los hijos, una para cada uno de los cuatro. La primera la

de mi hermano mayor, nacido en Villamayor, provincia de Salamanca, partido judicial del mismo Salamanca, el veinte de enero de 1937. Todo está correcto. 'Mira bien el *Libro de Familia*' me había dicho mi hermana. Casi había tenido que robárselo a mi madre. 'Ya se lo devolveré,' pensé. 'Total, para poco les sirve ya.' Pero algo tiene que haber en el libro que me explique por qué faltaba la foto de boda de mis padres. Las dos fotos de carné están grapadas, como es costumbre. Pero la de mi madre está doblemente grapada. Noto que curiosamente está un poco más abajo que la de mi padre; de tal forma que el retrato de Mariana tapa el final de la línea que el funcionario escribió. Es precisamente la fecha de la boda: *se casaron en primeras nupcias el doce de febrero de mil novecientos treinta y...* Ahí la foto tapa parcialmente la última palabra. Es como si la foto se hubiese puesto después de escribir, lo que es raro. Levanto la foto con cuidado. Pone *seis*. Claro, se casaron en el año 1936 un poco antes de estallar la guerra civil, como Darío me había contado. Miro con más cuidado. Alguien ha modificado las letras. Lo ha hecho con cuidado pero se nota. El seis está escrito con ahínco, como si el funcionario se hubiese equivocado, borrado y corregido. Me fijo y veo que realmente debajo aparece el *siete*. Sí efectivamente, es 1937 y no 1936. ¡Mi hermano mayor ya había nacido!

Cuando uno escribe una autobiografía, o mejor dicho *ayuda a escribir* una autobiografía, hace votos especiales. Sobre todo el de creer lo que te dicen. Puedes interrogar un poco más, pero si mi padre lo dice será. Así que durante esos dos años, cerré los ojos y creí como un pardillo todo lo que me contaba mi padre. Que sólo se daban besitos, que si apenas alguna vez bailaron juntos, que en aquella época nadie hacía nada... no como ahora. El astuto Darío —quién podría ser sino él— corrigió el *Libro de Familia*, cambiado el siete por un seis, y así había rehecho la historia. El volver a grapar la foto un poco más abajo para disimular mejor el cambio es ya para matrícula de honor. Así se explica mejor que Darío tuviese que ir a la guerra a pesar, como se queja él, de estar casado. Desde el frente enviaba postales a su hijito querido. Recuerdo haber visto una para el cumpleaños del chiquitín, en verso, escrita desde una batalla. Termina con un ¡*Viva España!* que ahora suena anacrónico. Desea volver (vivo) lo antes posible para abrazarles.

Mi madre había quedado embarazada y dado a luz, antes de casarse. Todo el rompecabezas empieza a adquirir forma. Mariana ocultaría el embarazo hasta casi el final. Luego me lo reconocería ella unos días más tarde. Nadie se dio cuenta hasta casi el día del parto. Don Bernardo, el médico del pueblo, tuvo que ayudarla. Mariana y Darío se casaron, pues, de escopetazo tres semanas *después* del parto. De Villamayor a Salamanca hay una hora de carreta. Mariana tendría que volver inmediatamente para dar de mamar a su hijo que apenas tenía entonces veintitrés días. Se le salía la leche. Mariana siempre ha

tenido mucha leche, y ha dado de mamar a todos los hijos bastante. Cuentan que mi hermano mayor volvía de la escuela y pedía la teta. Mamaba un rato. Eran otros tiempos. Así hemos salido todos de sanos. No hubo foto de boda, ni tiempo, ni ganas. Luego mi padre siguió viviendo con sus padres. Mariana y el bebé con mi abuela, la maestra del pueblo. No sé si les dejaban verse mucho, ¡pues a pesar de estar casados fueron separados!. La primera Nochebuena la pasó mi padre solo en el bar. Me imagino ahora la cantidad de sufrimiento que tuvieron que pasar los dos. Era un sociedad bastante cruel.

La figura de mi madre, una mujer callada, trabajadora infatigable, casi analfabeta, se engrandece de pronto a mis ojos. La foto *missing* trae una nueva paz y alegría a mi vida. Ahora valoro mejor a Mariana. Imagino lo que debió pasar a sus veintitrés años. Nueve meses de agonía sabiendo que estaba embarazada. Un matrimonio forzado, sin gracia, sin foto siquiera. El esposo y padre que se va a la guerra. Criando ella sola a su hijo del alma. Mi padre tres años en el frente, con algunas escapadas fugaces a ver a la familia en la Castilla profunda. Luego la vuelta a la paz, que no al sosiego. El nieto de la maestra señalado con el dedo en el pueblo. Los hermanos y padres en contra. La España negra en acción.

En Villamayor también nació luego mi otro hermano. Mis padres se liaron la manta a la cabeza —literalmente— y en el año 1944 se fueron a vivir a San Sebastián. Allí en “la bodega” (el sótano) de la casa de San Marcial 30, cerca de La Concha, nací yo tres años después. Mi madre de portera, mi padre de subalterno en la Delegación de Industria. Sabían leer y escribir por los pelos pero salieron adelante, como tantos otros españoles/as de la época. Mi hermano el mayor en el pueblo era el número uno en la escuela, pero en San Sebastián agarraba los cuentos de la época y no entendía nada. Lloraba de rabia. Menudos años debieron ser cuando el colegio de mi hermano mayor costaba al mes más que el sueldo que ganaba mi padre. Pero Mariana recuerda esos años en San Sebastián como los más felices de su vida. Se había escapado de su familia, del pueblo, de la historia aquella. Habían empezado una nueva vida. Desde entonces fuimos una familia algo errante, muy unida, con un enorme deseo de seguir adelante, de triunfar. Quizás excesivo.

Entiendo ahora el entrañable amor de Mariana por su hijo mayor. Él fue su pasaporte para la libertad, quien le permitió casarse con Darío, el verdadero *hijo de sus entrañas*. Durante años me ha emocionado ese amor de Mariana por mi hermano mayor. Mi madre es una mujer reservada, callada, que ve, procesa y calla. Nunca nos ha besado mucho. Dicen los psicólogos/as que aquellas personas que nunca han sido besadas, ni recibieron cariño en su infancia, de mayores a su vez no saben mostrar ese cariño a los suyos. Yo siempre pensé que en España, en los años cincuenta y sesenta, las madres no besaban a sus hijos/as. Pero me equivocaba. Sencillamente mi madre no nos

besaba mucho. Eso no significa que nos tuviese menos cariño. Mariana ha sido la madre perfecta. Siempre cuidándonos, trabajando desde la salida del sol hasta el ocaso, respetándonos. Consejos pocos pero buenos. Sabiendo siempre más de lo que dice. Con cierta socarronería, que Darío, cuando se enfada dice que es cuquez. —‘¡Es que eres una Cuca!’

El libro de mi padre se me empieza a deslizar de las manos. Pierdo el control. Todo por una foto *missing* que nunca existió. Dudé de si debía rehacer la historia o dejarla tal y como me la contaba Darío. No le dije nada. Alguna otra vez removí el cuchillo en la herida preguntando sobre la boda, la iglesia, el restaurante, o la foto. Pero el astuto Darío había urdido la historia bien durante décadas y no pensaba cambiarla ahora. Si Darío no hubiese falsificado el *Libro de Familia* ni mis hermanos ni yo hubiésemos estudiado en el colegio de los jesuitas, tampoco habríamos conseguido beca, seguramente nunca habríamos ido a la Universidad. Tampoco estaría hoy en Arizona escribiendo esto en el ordenador. Sólo se habría salvado mi hermana, que siendo *la nena*, la pequeñaja, le tocó ir al Colegio Estudio y gozar de la tradición de la Institución Libre de Enseñanza. Quizás ni siquiera ella, pues mi hermano mayor fue quien abrió camino a nosotros tres. Darío lo reconoce varias veces: —‘Tu hermano no quiso ponerse a trabajar, dijo que ni hablar, que tenía que estudiar.’ A su vez Mariana apoyaba. Como hija de maestra se ponía de parte del hijo asegurando que estudiar era bueno. Había, pues, que cambiar un *siete* por un *seis*, y rehacer la historia. Una mentira blanca en la que nadie perdía y todos ganábamos. Algún día, pensaron mis padres, ya nos enteraríamos. Pero cuanto más tarde mejor. ¡Medio siglo!

Cuando iba al colegio, de pequeño, yo siempre estaba orgulloso de que mi madre era de Madrid. Mi padre era castellano-viejo, y luego maqueto en el País Vasco. Pero mi madre era *de la capital*, de Madrid. Además era hija de maestra. Estaba yo orgulloso también de que mi madre había nacido en un hospital, nada de en casa, en la Maternidad de la calle O’Donnell. Es actualmente una maternidad para señoras snob, de clase alta. Pero por Darío no averiguaba mucho de Mariana. Repetía que era la esposa perfecta, y que él la había salvado de ser la *cenicienta* en casa de sus padres. Que la tenían como criada, cuidando de la casa y de sus hermanos mientras mi abuela daba clases en la escuela. Que ni siquiera la habían llevado a la escuela. Le pregunté varias veces por qué mi madre había nacido en Madrid, teniendo en cuenta que la familia vivía en Valladolid y luego en Salamanca. Tampoco es que les pillase un veraneo pues mi madre nació un 14 de octubre, el del año 1913; dos años después que mi padre. La abuela Ana, la madre de Mariana, debía tener entonces unos veintiún años.

Empiezo a darme cuenta de que las fotos *missing* reverberan en el desván de la mente. No existen, pero emanan luz, fosforecen en el fragor de la vida.

Quizás es que faltaban más fotos. Mariana apenas aparecía en las fotos. Las de cuando era pequeña quedaron, dice Darío, en casa de la abuela. —‘Se quedaron con todo, hasta con la herencia.’ Prometo pues hacer un viaje a Salamanca, a casa de la tía Oreciana, a ver fotos. Dudo. Estoy haciendo una historia oral, no una novela de detectives. Claro que me hubiese encantado ver la foto de mi madre recién nacida, la de su primera comunión, o su primer día de escuela. ¡Ver la cara de mi abuela a sus veintiún años! A lo mejor mi hija se le parece. Así que después de llamar a la tía Oreciana, y casi prometer un viaje, no me atrevo a ir a Salamanca. Empieza a preocuparme saber demasiado. Me da igual miedo lo que puedo ver en casa de la abuela, como el hacer un viaje para nada. A lo mejor no hay fotos de Mariana. El libro de Darío se puede eternizar.

Ya sé que es la historia de Darío, pero hay algunos datos mínimos de la vida de Mariana que son necesarios para entender la historia de la familia. Darío admite que sabe poco. Bajando la voz me confiesa el secreto de que a veces Mariana se había quejado a su hermano Paco de que su padre la pegaba. Que no la querían. Una vez Darío vio las marcas de cómo la habían pegado. La sangre le hervía a Darío, pero no dijo nada a Mariana. Pocos años después escaparían de aquel infierno marchándose del pueblo. A Mariana todo lo que se refiere a ese pueblo le da alergia, pero de verdad. Le salen ronchas cada vez que alguien del pueblo viene a casa. Es una alergia real no imaginada, que yo he heredado, y que a veces me sale en la mejilla izquierda. Escribiendo esto me rasco. Es un eczema. Cuando yo era pequeño tanto mi madre como yo nos poníamos un montón de crema cuando nos salía. La alergia venía y se iba, sin avisar. Hace ya tiempo que no da la lata, pero está ahí latente...

¿Por qué mi madre había nacido en Madrid? Darío decía que en aquella época era así. Ya me estaban a mi tocando las narices las explicaciones antropológicas de mi padre, de que *en aquella época se hacía así*. Es obvio que no todos los recién nacidos de España nacían en Madrid. Tenía que haber una razón más plausible. Pensé que lo mejor era preguntárselo a mi madre. Durante los dos años que grababa las conversaciones con Darío, Mariana aceptó que la vida de la familia fuese contada por el ‘cabeza de familia’. Condescendió a que quedase siempre la interpretación de Darío. Yo sospechaba que ella sabía cosas que Darío ignoraba, pero es complicado escribir dos historias distintas al mismo tiempo. Faltaba por describir, entre otras cosas, lo que ella sintió al quedar embarazada, y cómo pudo ocultarlo casi hasta el día del parto. Mariana no se sentía celosa de que Darío contase *su* historia, o de que yo le dedicase tanto tiempo a mi padre y no a ella. Asumía así el papel que le tocó representar en su vida. Durante la historia de la familia se notan algunos bandazos, o cambios de dirección, para los que no hay una explicación clara. Darío asegura que es el *destino*. Pero detrás de esos cam-



bios yo noto cada vez más un golpe de timón de Mariana. De forma callada, Mariana tomaba algunas decisiones en momentos oportunos. Así que si yo estaba escribiendo una historia de la familia, tenía que preguntarle un par de cosas antes de que fuese tarde. Por ejemplo, debía de haber comprendido antes por qué era ella la que guardaba el *Libro de Familia*, y por qué al dármelo lo hizo con sus preciosos ojos azules extrañamente brillantes.

Un día aprovechamos los dos —Mariana y yo— que Darío se había ido a la oficina y que Aurora estaba arreglando la casa. Nos sentamos a hablar en el sofá. Los dos sabíamos que había poco tiempo, y que convenía ir al grano. La conversación apenas duró un cuarto de hora, pero la recuerdo como un siglo. Mi madre está ya mayor, y a menudo se queda pensando. A veces recuerda detalles pequeños con memoria aguda. En otras ocasiones sencillamente calla. No hubiese sido fácil escribir un libro con su versión de la saga familiar. Debía de haberlo realizado unos años antes, pero yo entonces vivía en Canadá. Había dejado pasar la ocasión. Ese día Mariana se esforzó en contarme los enigmas que faltaban; las fotos que nunca fueron sacadas, y por qué. El sol entraba a raudales por el ventanal, por la espalda, sobre el sofá, así que apenas veía yo las facciones de Mariana... hasta que la oí sollozar.

Me contó que efectivamente quedó embarazada de Darío, pero que no dijo nada a nadie. Que ya cerca del parto no lo pudo ocultar y que el médico de la familia —Don Bernardo— la trató muy bien. Darío estaba lejos del pueblo, en Vitigudino vendiendo o comprando ganado. Ni se enteró. Darío y Mariana se casaron unos días después (veintitrés días), pero no hubo tiempo para la foto pues Mariana tenía que volver rápidamente a dar de mamar al bebé. La leche se le salía. Desde siempre ha querido mucho a ese hijo. Unos años después nació Oscarín, pero se murió a los seis meses. Tanto mi padre como mi madre lloraron mucho a ese Oscarín. Todavía lo recuerdan. ‘Óscar’ es nombre de mala suerte en nuestra familia. Un hermano de Mariana llamado Óscar también murió cuando era adolescente. Los demás hermanos nunca supimos mucho de esos Óscar.

Mariana habla por primera vez, y ya nadie le va a impedir contarme su versión. Le pregunté por qué había nacido en Madrid. Ella, claro, no recuerda mucho su propio nacimiento. Su madre había quedado huérfana. Su abuelo Óscar —que era guardia civil— debió morir hacia el año 1903, dejando una esposa viuda (Inés) con su hija Ana. Esa Ana es mi abuela, la maestra. Las fechas exactas no importaban, no había tiempo. Ya me encargaría yo luego de averiguarlas. La historia se repite. Cuando mi abuela Ana queda embarazada de su hija Mariana no estaba todavía casada con mi abuelo Eleuterio. Mi abuela Ana descubre que está embarazada y abandona el pueblo, y se va a Madrid. Así nadie en el pueblo se entera de su embarazo. No se trata sólo del oprobio de ser madre soltera, sino además seguramente cuestión de dinero.

Inés y Ana vivían juntas de una pensión del abuelo, que fué guardia civil. La pensión de orfandad duraba seguramente hasta que la niña se casase.

El embarazo fue, pues, doblemente inconveniente.

De acuerdo con su madre Inés, y en secreto absoluto, Ana fue embarazada a la capital, y solicitaron el parto en la Maternidad de O'Donnell. La vida cambia y yo, tonto de mí, no había caído en la cuenta. Lo que ahora es maternidad de mujeres de clase alta, y un poco snobs, a principios de siglo era la Maternidad del Estado, donde las mujeres pobres, las gitanas —y las solteras embarazadas— daban a luz en Madrid. Allí nació Mariana, mi madre. El orgullo que yo sentía siempre de que mi madre fuera *de la capital*, se tambaleó. Todo mi pedigrí capitalino provenía de que mi abuela Ana, para ocultar su embarazo, los últimos meses de embarazo los pasó en Madrid, y parió en O'Donnell. Luego se volvió al pueblo... sin Mariana. Mariana de los Ángeles. No llegó ni siquiera a tenerla en sus brazos. Eso me lo recuerda ella.

Allí mismo, en el hospital, Mariana fue dada a una familia gitana, mendigos, que la acogieron por unas monedas. Años después, me cuenta Mariana, cuando murió la abuela Ana, —‘encontré unos recibos de dinero de la abuela con aquella familia. Me dio tanta rabia que los rompí.’ Se puso a llorar. Mariana vivió toda su infancia en Madrid con esa familia gitana. Tenía una hermana querida, que se llamaba también Mariana. Era un poco mayor que ella, y le cuidaba muy bien. Cada día iban las dos juntas a pedir limosna. También a mendigar a las fábricas, y solicitar pan duro por las casas. Siempre con su hermana Mariana de la mano. La familia la quería muchísimo. —‘Se portaron muy bien conmigo’ me cuenta mi madre. Recuerda que la querían muchísimo. —‘Eran muy buena gente.’

Nunca averigüé donde vivió ella en Madrid exactamente; ni el apellido de la familia gitana. Tampoco recordaba ella dónde vivió antes de la guerra. Vagamente era detrás de una estación de ferrocarril, pues cada día para ir a pedir tenían que cruzar las vías del tren. Era muy peligroso. Recuerda con angustia el miedo que tenía a los cinco años al cruzar las vías del tren. Mi madre se agarraba a la mano de su hermana Mariana, y las dos juntas cruzaban corriendo las vías. Pasaban a veces por los pelos. Un día no se atrevían a cruzar y un hombre les dio la mano y cruzó con ellas; con mucho cuidado. Mi madre dice que el corazón le golpeaba dentro del pecho por el miedo. Se agarró fuerte a la mano de su hermana. Cuando cruzaron al otro lado lloró de alegría y se lo agradeció a aquel hombre. Nunca podrá olvidarse de aquel día aunque nunca se lo ha contado a nadie. Hasta hoy. A mí.

Las dos hermanas Mariana cada mañana salían a pedir pan duro, algunas monedas. Sobre todo a la salida de las fábricas. La gente les daba algo, y volvían juntas a casa. Vivían de la limosna. Aquella familia no tenía casi nada, eran gitanos, pero querían mucho a mi madre, y lo compartieron todo con ella.

Mi madre era muy feliz. No conocía otra cosa, pero era dichosa. Mucho más que después. Mi madre tiene los ojos azules, y seguramente era algo rubiales, así que como gitana quizás no pegaba mucho. Quería más que a nadie a su madre y a su hermana Mariana. En la familia había también un padre y un hermano.

Mientras tanto, en el macizo de la raza —expresión que le gustaba a Dionisio Ridruejo— la abuela Ana rehizo su vida. Casó mal, con Eleuterio, que hacía de prestamista pero en el fondo vivía de ella. Ana terminó además la carrera de maestra, y ganó su primer trabajo en Lugo, en un pueblito que Mariana ya no recuerda si era Castroverde o Castro de Rei. Ana fue allí a vivir con su madre Inés, el marido Eleuterio, y pronto les nacería un hijo varón: Óscar. Era una familia casi feliz. Pero el pasado pesa como una losa. Como solía decir Pancho Marsal, en todas las familias hay siempre un primo evaporado (que desapareció de la familia, que está *missing*) y un tío buenazo. Efectivamente un tío bueno convenció a mi abuela Ana que no podía dejar a su hija en Madrid en manos de unos gitanos. Mariana debía ser ya una mocita. Tenía que traerla y darle los apellidos de la nueva familia. Así que después de tormentosas deliberaciones decidieron enviar a Eleuterio a Madrid a recoger a Mariana, y traerla al pueblo de Lugo. Allí ya nadie conocía a Ana, ni sabía su historia. Además ya tenían un hijo varón, Óscar, y nadie notaría la diferencia.

Nunca he averiguado si Eleuterio es realmente mi abuelo (tu bisabuelo). Seguramente no lo es. No importa. A estas alturas, pienso, ya da igual la historia real. Eleuterio podría ser el que deja embarazada a mi abuela, ella da a luz secretamente en Madrid, abandona la hija, y vuelve al pueblo. Mi abuela, unos años después se casa con el mismo novio. Pero mucho más romántico sería que el padre fuese en realidad un capitán alemán de ojos azules, que luego muere en la guerra. Seguramente nunca conoceré a mi abuelo. Las fotos *missing* se amontonan ya como las cartas del tute. Una foto *missing* lleva a otra foto *missing*. Quizás sea mejor dejarlo estar.

Mariana no quiere irse de su familia gitana. Es feliz. Le gusta vivir con ellos. La han criado, vestido, alimentado, y ha pasado con ellos toda su infancia. Son muy buenos con ella. Quiere mucho a su hermana Mariana. No le gusta Eleuterio. Pero la decisión está tomada, y la fuerza de la ley es superior a los sentimientos de una mocita. Dócilmente Mariana recoge sus cuatro cosas, y viaja con Eleuterio a Lugo a vivir con ellos. Pero quizás es ya demasiado tarde. Mariana es una hija-de-maestra extraña, que no sabe leer ni escribir. Tiene además costumbres raras. Pero es callada, y trabaja muy bien. Mis abuelos no supieron qué hacer con ella. La vistieron de criada, y a limpiar la casa. Cuida de su hermano Óscar. Está a punto de nacer la segunda hija, Oreciana (1923), y la familia redondea luego la descendencia con el

nacimiento de otro niño varón, Martín, tres años después. Ya nadie se preocupa de Mariana. La abuela Ana seguramente hizo de tripas corazón, y olvidó el romance de su juventud. Mariana cuida de Óscar, de Oreciana y de Martín. La abuela hace de maestra, y cuando vuelve a casa todo está cuidado por Mariana. Eleuterio está todo el día en el casino. No tiene trabajo conocido: presta dinero; son seguramente cuatro perras. Como señala Darío, tenían a Mariana de *cenicienta*; pero no metafóricamente, sino de verdad, de criada, de esclava.

Ahora entiendo el misterio de que mis tíos —tanto Oreciana como Martín— fueran a la Universidad, tengan carrera superior, y que mi madre apenas si sabe escribir su nombre. Ahora, a sus ochenta y seis años, la médica le ha recomendado que escriba. Dócilmente rellena cuadernos y cuadernos de una letra redonda, angelical, copiando de alguno de los múltiples libros que hemos ido dejando los hijos en la casa de Madrid en los sucesivos naufragios. Dice la médica que es bueno para ella escribir y esforzarse. Me llama la atención ver ahora a Mariana escribiendo *por prescripción médica* cuando durante su niñez se lo prohibieron. Pero mi madre tiene sus pequeñas venganzas. Aunque realmente se llama Mariana de los Ángeles siempre se ha negado a utilizar ese nombre tan largo. “Mariana es más sencillo. Mariana a secas.” Pero ahora entiendo que a sí misma se dice: “Mariana, como mi hermana Mariana”. Es un homenaje minimalista a la persona que más quiso en su infancia. Recuerda *Rosebud*.

No debió ser una familia feliz. Al menos mi madre no debió ser feliz en Galicia, ni luego después en Salamanca. Era la criada de la casa. La hija real, y primogénita, que nunca fue a la escuela; lavando escaleras y limpiando culos. Aceptó el papel que le tocaba, pues no había otra posibilidad. Cuidó siempre de sus hermanos con enorme cariño. Durante toda la vida siempre le he oído hablar bien de ellos. Los ha querido y ha seguido cuidando de ellos incluso de mayor. De su padre —el abuelo Eleuterio— nunca le he oído dos palabras. En Lugo empezó a aprender a no ser querida, a quedarse callada, muda. Nada de su vida real podía ser contado, ni a su propio marido. Mucho menos a sus hijos o a la nena. Ojalá que ellos no pasaran por las penalidades de su vida. Con eso le basta para ser feliz. Seguimos sentados en el sofá. Mientras me lo va contando todo se le saltan las lágrimas, que bajan a raudales por su regazo, incontinentemente. Ya le queda poco más por contarme. Confía en que yo luego ate cabos.

¡Ayer vio a su hermana Mariana! Mis padres iban paseando juntos por la calle Princesa. De pronto allí mismo, junto a *El Corte Inglés*, sentada en el suelo pidiendo limosna estaba su hermana querida, Mariana. Era ella. La misma mirada. Mariana me asegura que se reconocieron. Se miraron a los ojos, y a su mente vino cuando cruzaban juntas las vías del tren, con el

corazón en un puño. En un instante recordaron su infancia, sus manos entrelazadas, el hambre, el frío del invierno de Madrid, todo lo que habían pasado juntas. Quiso darle dinero; pero no. Tenía que seguir del brazo de Darío. Que no se enterase. Le dio mucha pena. Luego después de pasar volvió la mirada y se miraron. Se entendieron las dos. Se dieron un hasta luego, un adiós. La vida las había separado. Pero las dos hermanas llevaban el mismo nombre — Mariana — lo que es peculiar. Quizás como homenaje.

La figura de mi madre se engrandece por momentos. Durante estos meses he ido explicándome muchas cosas de mi madre, de mi familia, de mí. Entiendo ahora su amor por mi hermano mayor. Su cariño profundo por todos nosotros. Su fidelidad a Darío. Me doy cuenta de por qué durante toda su vida ha sido callada. Nunca ha tenido amigas. La playa de La Concha era su amiga, su confidente, la mar. Ha trabajado de sol a sol, de noche a noche. Sin embargo, en los momentos decisivos de nuestras vidas Mariana ha dado, sin darse cuenta nadie, un golpecito al timón. Luego toda la familia ha seguido un derrotero nuevo, y el destino ha parecido arreglar los problemas. Me explico por qué hemos llegado hasta donde hemos llegado. También sé por qué ahora mismo estoy escribiendo esto. Mariana confía en que lo escriba, sabe que lo voy a hacer. Ha esperado callada toda una vida.

Creo que entiendo también a mi abuela Ana. Debió pasar por lo mismo; y acorralada no supo otra cosa que abandonar a su propia hija. Mariana, en cambio puso todo su amor e ilusión en su hijo, y acertó. Su hijo la salvó. Intuyo por qué mi madre nunca nos besaba, ni tenía aparentemente un cariño táctil por nosotros. Pero ha estado siempre ahí. Donde tenía que estar. Trabajando. Dando su vida por nosotros. Es la mejor madre del mundo. No me importa que no me lo haya contado antes; o que sólo me lo haya contado a mí. El libro de Darío puede ya terminarse, aunque nada de esto aparezca. ‘No se lo digas a Darío’ me ruega, mientras sigue llorando. Pero son lágrimas de alegría que no de pena. Han estado esperando más de sesenta años para poder fluir. Toda una vida con el secreto, con la foto que falta, en su corazón.”

Aquí termina la carta. Este ejemplo sugiere la forma en que las familias, como instituciones sociales, recuerdan y olvidan. Por un lado, el internet y el teléfono móvil, el establecimiento de nuevas redes sociales y, por otro lado, la fragilidad de las relaciones interpersonales están transformando los procesos de *recordar* y *olvidar*. El penúltimo libro de Zigmunt Bauman sobre *Liquid Love* —en 2003— pone de manifiesto que la memoria familiar y las estrategias que definen la historia familiar están también cambiando aceleradamente. Las familias no son sólo instituciones de control social típico, sino que incluso controlan la producción del conocimiento y su transmisión. La posesión más valiosa de una familia es la información, incluyendo la documentación visual sobre sus miembros. Las interacciones

familiares se basan en contar a los demás miembros lo que deben pensar y lo que no deben de preguntarse. La desviación se soluciona expulsando a personas de la red familiar, haciendo incluso desaparecer sus fotos. Lo importante es que ese proceso no se note. La solidaridad familiar se dedica a preservar la memoria de la familia en la forma de una historia prevista y “normal”. Así la familia controla la memoria de sus miembros. Las representaciones familiares (colectivas) es lo que constituye el orden social. Pero las ciencias sociales deben dedicarse a analizar esas estrategias colectivas.

Todo científico/a social que se dedique a realizar biografías e historias de vida, o entrevistas en profundidad, tiene que tener muy en cuenta lo sugerido en este artículo sobre la forma en que las familias recuerdan, y sobre todo la forma en que olvidan. Como sugería C. Wright Mills “ningún estudio social que no vuelva a los problemas de la biografía y de la historia y de sus intersecciones dentro de la sociedad, ha terminado su jornada intelectual” (1961: 26)<sup>6</sup>. La realidad social no es sólo la que existe o es visible sino también lo que falta, lo que está *missing*. Más aún: es la memoria perdida lo que suele dar sentido a la realidad global. Who is afraid of Virginia Woolf ?

#### 4. Referencias bibliográficas.

ALLUÉ, Marta

1996 *Perder la piel*. Barcelona, Planeta/Seix Barral, 236 pp.

BAUMAN, Zigmunt

2003 *Liquid Love*. Londres, Polity Press.

BERGER, John, et al.

2000 *Modos de ver*. Barcelona, Gustavo Gili, 4ª edición, 177 pp.

BOURDIEU, Pierre, et al.

1965 *Un art moyen: Essai sur les usages sociaux de la photographie*. París, Minuit, 361 pp.

BUXÓ, María Jesús y DE MIGUEL, Jesús M., eds.

1999 *De la investigación audiovisual: Fotografía, cine, vídeo, televisión*. Barcelona, Proyecto A, 165 pp.

---

<sup>6</sup> La cita era una de las preferidas de Juan F. Marsal, citada en *Hacer la América* (1972: 321).

- CAMPOS, Juan  
2005 *Psicoanálisis y Sociología*. Barcelona, Universidad de Barcelona, 380 pp., policopiado. Prólogo de Jesús M. de Miguel.
- CELA, Camilo J.,  
1942 *La familia de Pascual Duarte*. Barcelona, Ediciones Destino, 189 pp.
- DE MIGUEL, Jesús M.,  
1996 *Auto/biografías*. Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 197 pp. Es el número 17 de Cuadernos Metodológicos.
- DE MIGUEL, Jesús M., y Carmelo PINTO  
2002 *Sociología Visual*. Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas y Siglo XXI, 299 pp.
- DE MIGUEL, Jesús M.  
2005 *Echa pan y cubre*. Barcelona, Universidad de Barcelona, 350 páginas, policopiado.
- DOUGLAS, Mary  
1986 *How Institutions Think*. Syracuse, NY, Syracuse University Press, 146 pp. Hay traducción al español en Alianza Editorial.
- DURÁN, María Ángeles  
2003 *Diario de batalla: Mi lucha contra el cáncer*. Santillana, Aguilar, 297 pp.
- ELIAS, Norbert  
1987 *La soledad de los moribundos*. México DF, Fondo de Cultura Económica, 111 pp.
- ELIAS, Norbert  
1991 *Mozart: Sociología de un genio*. Barcelona, Península, 119 pp. La edición alemana es recopilada por Michael Schröter.
- ELLIS, Bret Easton  
1992 *Menos que cero*. Barcelona, Anagrama, 182 pp. La edición original en inglés es de 1985. *Less Than Zero* debería traducirse como "Un cero a la izquierda".
- FREUD, Sigmund  
1967 *Tótem y tabú*. Madrid, Alianza, 230 pp.
- GARCÍA PONCE DE LEÓN, Omar  
1997 *El médico enfermo: Análisis sociológico del conflicto de roles*. Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 326 pp. Premio del CIS a la mejor tesis doctoral en Ciencias Sociales en España.

GINZBURG, Carlo

1981 *El queso y los gusanos: El cosmos según un molinero del siglo XVI*. Barcelona, Muchnik, 257 pp. La edición original de *Il formaggio e i vermi* es de 1976 (Giulio Einaudi Editore). Manejo aquí la edición en inglés de 1982 de Penguin Books.

GOFFMAN, Erving,

1979 *Gender Advertisements*. Nueva York, Harper & Row, 84 pp. La versión original apareció en *Studies in the Anthropology of Visual Communication* en 1976.

1994 *La Sociología: Hablando con Juan J. Linz*. Madrid, Editorial Acento, pp. 3-56.

MARSAL, Juan F.

1972 *Hacer la América: Biografía de un emigrante*. Barcelona, Ariel, 340 pp.

MARTÍN FERNÁNDEZ, Manuel

1994 *Mujeres policía*. Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 159 pp. Incluye cinco historias de vida de mujeres policía en España, y una discusión final en grupo. El trabajo de campo está realizado por Jesús M. de Miguel.

MERTON, Robert K.

1965 *On the Shoulders of Giants: A Shandean Postscript*. Nueva York, Harcourt Brace.

MILLER, Robert L.

2000 *Researching Life Stories and Family Histories*. Londres, Sage Publications, 172 pp.

MILLS, C. Wright

1961 *La imaginación sociológica*. México DF, Fondo de Cultura Económica.

PINILLA DE LAS HERAS, Esteban

1996 *La memoria inquieta: Autobiografía sociológica de los años difíciles 1935-1959*. Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 307 pp. Edición a cargo de Jesús M. de Miguel y Xavier Martín Palomas.

ROAZEN, Paul

1973 *Hermano animal: La historia de Freud y Tausk*. Madrid, Alianza, 208 pp.

SALINGER, Jeremy D.

1951 *The Catcher In the Rye*. Boston, Little, Brown and Company, 214 pp.

SONTAG, Susan

1981 *Sobre la fotografía*. Barcelona, Edhasa, 219 pp.







